

Todo lo espero para Pentecostés...

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto amaste a los hombres que nos diste tu misma vida en tu Hijo y el Espíritu Santo, viniendo los Tres a morar en nosotros; envíanos tu Espíritu, para que conozcamos el amor que nos tienes y creamos en él, de manera que nos impulse a dar la vida para la edificación de tu Iglesia Santa. Tú que hiciste a tu sacerdote JOSÉ RIVERA admirable por su confianza en tu gracia, concédenos por su intercesión el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con Él a muchos hermanos. Que tu gloria brille en el reconocimiento de su santidad por parte de tu Iglesia. Concédenos por su intercesión el favor que ahora te pedimos... Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



SIERVO DE DIOS

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

sacerdote diocesano

BOLETÍN N.º 1

TOLEDO. MAYO, 1999

Adulto cristiano es quien ha sido despojado de esta personalidad, que tan celosamente quisiéramos guardar y cultivar (y que, consiguientemente, nadie guarda ni cultiva: sólo es capaz de acrecentarla ese Espíritu de quien desconfiamos); hablando más exactamente, de esta imagen de nuestra personalidad, que nos forjamos nosotros mismos. Y con ella de esa serie de tendencias, que en un momento determinado, pensamos absolutamente preciso satisfacer. Y de todos sus objetos. Cuando todo ello ha sido desmenuzado, quemado, desvanecido, entonces el Espíritu nos llena, y traspasa, y sopla poderosísimo, incontenible, a través nuestro. Y ello no es tarea horrible, como imaginan. Es asunto, no más, de confianza, de fiarse de ÉL, de no enterarse en resistirle, en obrar a nuestro capricho, según nuestro juicio, nuestro gusto, nuestro natural instinto. Asunto de oración, de recibir su palabra, de esperarla pacientemente, de seguir creyendo, aunque parezca que tarda... En verdad hace tiempo que yo no tengo, o apenas tengo, que esperar; que el menor tornarme a ÉL, en esperanza, es inmediatamente fructuoso. Pero, hubo un tiempo en que hube de creer contra lo que veía palpable, de esperar contra toda razón humana de esperanza. ¡La gran gracia inicial! Porque esperé... ¡Aquellos meses de mis años 16! (...)

Ansia de recibir el Espíritu; que cuando yo abra mis labios, el aliento divino sople en ellos. Impotencia tremenda de mi palabra. Hablo, hablo y nada produzco. Horas y horas, y no transformo a nadie, o casi a nadie, aunque ciertamente auxilio a muchos. Me parece claro: pienso que, de ordinario, transmito la Palabra de Dios; mas si la palabra es suya, el aliento es mío, y la palabra sale sin energía. No hay palabra sin aliento. Cuando uno ha perdido el aliento, su palabra no se oye. Y no permito a Dios, a Cristo, alentar por mis labios. ¡Que son todavía tan míos!, sirven tanto a mi propio egoísmo: mis intereses, mis privadas ternuras, mis iras, mis deseos... Habrá de llegar un momento en que todo sea de Cristo. En que mis labios sean de ÉL y nada más. Ni una sola palabra no suya, y entonces mi voz será alentada; de mi boca brotará el Espíritu, y toda persona de buena voluntad será arrebatada por este viento divino, omnipotente. No es culpa de ellos, es culpa mía, al menos ante todo. Cuando el aliento sopla por los labios de un Vicente Ferrer, de un Cura de Ars, de un Juan Bosco, los apegos de los oyentes quedan, literalmente, barridos. Cuando yo hablo indico, pero mi soplo nada derriba. Porque es mío, no suyo. O apenas suyo... Ansia de la venida del Espíritu sobre mí. Atención a su obra. Peticion de oraciones; a los santos del cielo, a los cristianos de la tierra. Que suplan mis resistencias anteriores y actuales; nada importa ser deudor de muchos, pero que nadie deje de ser santificado por la infecundidad de mis labios.

(Diario. 21 Abril 1972).

Don José fue para mí una bendición de Dios..., una palabra tierna del Padre pronunciada en mi vida que, desde temprano, ya tenía heridas. Lo conocí a mis 17 años... y se fue metiendo en mi vida de manera suave pero firme. Llegó a ser el mejor reflejo de Dios Padre que he conocido.

Mientras me iba ayudando a curar heridas, a esperar salidas donde yo no veía nada («no hay salida, hay sacada», decía), a mirarme y a mirar alrededor con ojos nuevos... iba centrándome en Jesucristo, iba metiéndome en el Misterio de Dios. Nunca olvidó que su tarea era «*ser puente*». Creo que cuantos le tratamos, confirmamos esto: hacía trascender, mirar a lo Alto, poner la mirada en Otro... Pero ¡cuántas gracias he de dar por este, «*puente*»...!

Don José predicaba, ¡y mucho!. Pero Don José contagiaba por su vida. Esa vida evangélica, ¡total!, austera, sacrificada, entregada, ¡alegre! (su risa estruendosa, a carcajadas..., ¡era curativa!); esa vida enraizada directamente en la Trinidad (¡¡tantas noches de oración enamorada!!) y por ello (¡y sólo por ello!) cercana al ser humano..., atenta a los mil y un detalles de cada uno de los que nos acercábamos a él... TODOS encontramos cobijo en él..., escucha, comprensión..., esa guía firmemente tierna que respeta el ritmo biológico, psicológico y espiritual de cada uno... En aquella mesa camilla de su despacho... Dios hacía maravillas a través de este ¡cura santo!. Cuánta gente encontró en él esa cercanía... ese ser único, en ese momento, ¡único...!

Enamorado de Cristo pobre, se fue empobreciendo... (¡cómo vi desmantelarse su casa...! apenas una silla para él y otra para quien iba a verle). Y se metió de lleno en el mundo de los pobres...; sobre todo de los gitanos, tan despreciados... también ¡por muchos de la Iglesia! Yo le vi hacer «*cosas nuevas*», ¡cosas evangélicas!... ¡Qué amor!, ¡qué audacia!, ¡qué ternura! vi derrochar sin medidas humanas... Dando... ¡de todo!: tiempo, atención,... furgonetas y más furgonetas..., firmando letras sin más aval que su persona y su sotana llena de «*quemones de Celtas*» (decía él)... y, eso sí, ¡la Providencia divina!, que nunca le falló...

Don José, maestro del amor y la ternura, de la obediencia a la Madre Iglesia... supo amarla y, por amor, ...sufriarla. En su último tiempo, más que predicar, gritó... por una renovación de esta Maternidad, para que la Iglesia fuera fecunda, audaz, entregada... ¡pobre...!

Amante de largas horas de encuentro íntimo con el Señor... tuvo su último retiro en la UVI, tras el infarto... Dios remató su obra de santificación en él. Ya... podía ver cara a cara a Quien tanto había amado aquí bajo el sacramento del pan y bajo el «*disfraz*» del pobre... Y ya sin barrera alguna, como decía tantas veces, puede seguir siendo esa bendición de Dios para cuantos le conocimos y cuantos ahora le conocen.

Sagrario Lancha, seglar (Toledo).

PIDEN SU INTERCESIÓN...

Miguel A. M., de Nambroca (Toledo): Mis dos hijos padecen la enfermedad de Willson, que consiste en una disfunción en el hígado por la que no pueden eliminar el cobre, llegando a ser intoxicados por esta substancia. Miguel, de 20 años, se encuentra ya con una parálisis general irreversible desde los 17. Mi mujer y yo hemos encomendado su curación a D. José Rivera y rogamos a quienes confían en la intercesión de este siervo de Dios que nos acompañen con su oración.

Pilar L., de Jerez (Cádiz): Mi hija menor está viviendo desde hace 5 años con un hombre divorciado, del que tiene ya dos hijas. He encomendado a D. José Rivera que les haga ver su error, que rompan esa situación y que den los pasos necesarios para que, si después es posible, lleguen a contraer Santo Matrimonio.

AGRADECEN FAVORES...

Rosa V. G., de Los Navalucillos (Toledo): En Julio de 1998, cuando supe que a nuestro anterior párroco, D. Isidoro, le habían trasplantado el hígado y que estaba muy grave porque lo rechazaba, me dirigí a la parroquia y allí encomendé a D. José Rivera la curación de D. Isidoro. No sé explicarlo, pero experimenté que D. José me escuchaba y que acogía mi petición. Después supe que D. Isidoro había superado la crisis del rechazo y que se recuperaba muy bien. Hoy está ejerciendo su ministerio sin problemas.

Monika B. N., de Talavera (Toledo): El 20 de Marzo de 1998 pedí la curación de un joven trasplantado de médula, que se encontraba en situación grave y no se podía prever éxito. Lo encomendé a la intercesión de D. José Rivera rezando un misterio del Rosario y terminando con la oración para la devoción privada que se encuentra en la estampa. El día 5 de Abril recibí la noticia de que el chico mejoraba y que su organismo aceptaba bien el trasplante. Está restablecido, se encuentra bien y hace vida normal.

Cecilia P. y Juana B., de Toledo: Un familiar fue ingresado en el hospital con enfermedad muy grave. Pedimos con mucha fe a D. José Rivera por la salud del enfermo pero sobre todo por su conversión, pues no era practicante. Pocos días antes de morir recibió los Sacramentos con plena conciencia y mucha devoción.

Hna. Pilar, RML., de Toledo: El 12 de Mayo de 1996 operaban a mi cuñada de dos tumores de pronóstico grave en útero y ovario. Acudí a la sepultura de D. José Rivera y pedí su curación. La operación duró 5 horas y fue muy meticulosa y complicada. No encontraron los tumores que buscaban. Uno era una masa cartilaginosa y el otro una imagen errónea en la ecografía.

CAUSA DE CANONIZACIÓN
D. JOSÉ RIVERA RAMÍREZ.
Apdo. 307. 45080-TOLEDO.

Con Licencia Eclesiástica.
Edita: «Fundación José Rivera».
Pza. Sta. Isabel, 2 45002-TOLEDO.